1. Ocho calas en la literatura de la Gran Guerra: de la premonición al recuerdo

MIGUEL ÁNGEL VEGA CERNUDA
Catedrático jubilado de la U. de Alicante

1.1. Preámbulo: guerra y literatura

Puede resultar una perogrullada afirmar que la larga Guerra cuyo centenario se cumple en estos años determinó la vida y muerte de millones de europeos. Y obvia resulta la afirmación de que también determinó la vida y la obra de los autores que vivieron en torno a esos años. Entre 1900 y 1930, gran parte de las obras de la literatura europea gira en torno a lo que hoy conocemos como la Gran Guerra. La literatura, de la que se dice que es conciencia de la sociedad, tomó los episodios bélicos como motivo de reflexión, como realidad a documentar o como circunstancia que ocultar o de la que huir. La intensidad y gravedad de los sucesos sirvieron de fuente de inspiración a muchos escritores que en sus obras intentaron explicar las causas, documentar sus horrores y evitar tanto la génesis como los efectos de la guerra, cosa que evidentemente no consiguieron. A los que, a varias generaciones de distancia de esta guerra, hemos tenido la suerte de sobrevivir a uno de los siglos más violentos de la historia, revisitar tanto las actitudes de los autores como la representación y las vivencias literarias de los combates que la llamada Gran Guerra supuso nos pueden servir de lección, de enseñanza y de premonición históricas.

Aunque la guerra siempre había sido motivo literario, nunca antes había motivado de manera tan crítica ni en tal magnitud la escritura. La literatura «clásica» de guerra —la *Ilíada,* por ejemplo, dedicada al encomio del heroísmo, o la *Guerra Civil* de César, relato documental al servicio de una opción política— parecía estar bajo el aforismo presocrático, atribuido a Heráclito, que proponía la guerra como padre de todas las cosas: Πατήρ πάντων πόλεμος. Numerosos pasajes de los textos sagrados de la *Biblia* o el *Corán* ensalzaban la guerra como recurso y factor de identidad nacional. En «Macabeos» I, 5, la lucha de Judá en defensa del Sabath suponía la afirmación de la identidad del pueblo elegido frente a las pretensiones «globalizadoras» del «epígono» Antíoco; y en la épica medieval, en los llamados «cantares de gesta», la guerra y el combate constituían la actividad social más característica de los pueblos. El *Cantar de los Nibelungos* destacaba la expresividad estética de la sangre huna vertida por los burgundios y que corría a raudales por las gradas del palacio de Etzel/Atila: «la sangre por doquier de los espadas muertos corría por las troneras y desagües/Esto lo hicieran los del Rhin con golpes furibundos.»[1] Y en la conquista de América, las plumas de un José de Anchieta (*de*

1 *Das Blut allenthalben durch die Lücken quoll/ Und zu den Riegelsteinen von den toten Degen:/ Das hatten die vom Rheine getan mit kräftigen Schlägen*. Citado según http: //gutenberg. spiegel.de/buch/das-nibelungenlied-5833/35. Traducción propia.

gestis Mendi de Saa), de un Ercilla (*La araucana*) o de un Bernal Díaz del Castillo (*Historia verdadera de la conquista de la Nueva España)* habían ensalzado las virtudes guerreras tanto de tirios como de troyanos, en esta ocasión indios y cristianos.

> Firme estaba Lautaro sin mudarse/y cercada de gente la montaña/algunos que pretenden señalarse/salen con su licencia a la campaña/Quieren uno por uno ejercitarse/de la pica y bastón con los de España,/o dos a dos o tres a tres soldados,/a la franca elección de los llamados.[2]

Así cantaba en el libro v de su epopeya la valentía araucana el castellano Ercilla. Y el también castellano Díaz del Castillo ensalzaba el arrojo de los tabasqueños o de los mexicas: «y cargan sobre nosotros tantos indios que, con las lanzas a manteniente y otros a flecharnos, hacían que no tomásemos tierra tan pronto como quisiéramos»[3]. En ocasiones, la novela picaresca (*Simplicius Simplicissimus)* o parapicaresca *(Barry Lyndon*) incluía episodios bélicos, si bien más como mero estadio social de la biografía del pícaro que como documentación del belicismo de las sociedades barroca e ilustrada. Uno de los capítulos iniciales de la novela de Grimmelshausen, por ejemplo, estaba dedicado a las brutalidades que siempre conlleva la conquista: «La residencia de Simplicio es conquistada, saqueada y destruida y en ella se albergan los soldados»[4]. Incluso en tiempo modernos, por definición menos épicos, los *Episodios nacionales* de Galdós, los bélicos («Trafalgar», «Zaragoza», etc.), estarían más en la onda de la documentación que en la del rechazo de la violencia. El escritor canario daba fe del espectáculo que antaño suponía una batalla: «Yo no sirvo para el combate —dijo mi amo con tristeza—. Vengo tan sólo a presenciarlo, por pura afición y por el entusiasmo que me inspiran nuestras queridas banderas», decía uno de los interlocutores del episodio[5].

Pero la tecnificación de la matanza en la Gran Guerra cambió los hábitos de representación literaria e historiográfica desarrollando en muchos casos una conciencia crítica frente al desorden humano que el conflicto bélico representa: el heroísmo perdió la focalización que ganó la barbarie y crueldad humanas por imperativo… hipotético, no absoluto. Bien es verdad que ya en la «guerra de carnicería» que inician los conflictos bajo el imperio de la técnica —en la guerra austro-italiana de 1859, por ejemplo— el heroísmo de antaño —mezcla de embriaguez ideológica, autoafirmación de los mandos y necesidad de supervivencia de la tropa obligada al llamado «servicio» militar— se sometería a la crítica de los imperativos de la moral, uno de cuyos principios era el «no matarás». Henry Dunnant crearía en 1859, tras las batallas de Solferino y San Martino, la Cruz Roja[6], que fue un aldabonazo en la conciencia social. Berta von Suttner, escritora austriaca relacionada con el fundador de la dinamita y primera premio nobel de la paz[7] (1905), escribiría ya antes de finalizar el siglo una novela-manifiesto, *Abajo*

2 Citado según *Poesías selectas castellanas.* II *Parte: Musa épica.* Ed. de Manuel J. Quintana, Madrid 1933, p. 33.
3 *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Méjico, 1939, I, p. 129.
4 Citado según http://gutenberg.spiegel.de/buch/simplicius-simplicissimus-5248/5.
5 *Episodios Nacionales: Trafalgar*. Santiago de Chile, 1984, p. 67.
6 En las escasas nueve horas que duró la batalla se contabilizaron en ambos bandos cerca de seis mil bajas. Los heridos y desaparecidos se elevaron a decenas de miles. Esa batalla suministraría el arranque para la novela de J. Roth *Radetzky Marsch*.
7 Aunque este premio no se concedió siempre en aras de un serio compromiso irénico (los casos de un Roosevelt, un Chamberlain o un Arafat lo demuestran), en el caso de la activista austro-húngara fue más que merecido.

las armas (Die Waffen nieder),[8] en la que abogaba por el ideal ilustrado de la paz perpetua. Y abriendo el siglo, en la navidad de 1900, el suplemento literario de un periódico vienés, la *Neue Freie Presse*, publicaba, bajo un título de alusiones militares, un monólogo interior, *El teniente Gustl,* cuyas críticas al ejército le costó a su autor, el semita Arthur Schnitzler, un proceso ante la corte marcial de Viena[9]. Era un hecho indicativo de la nueva conciencia antimilitarista, a la que la visión de los primeros horrores tras la declaración de las hostilidades de agosto del 14 dio el empujón definitivo en un proceso de reflexión y, en su caso, de rechazo de lo que ha sido, es y será el ejemplo máximo de la violencia intraespecífica: la guerra y la violencia que de ella deriva.

Los que a continuación presentamos son obras y autores, más o menos conocidos, pero en todo caso indicativos[10], junto a muchos otros que se podrían haber considerado, de los comportamientos autoriales frente al fenómeno bélico que les tocó vivir: la mencionada Berta von Suttner, irénica voz precursora en el desierto de la «paz armada»; Antoine de Saint-Exupery y Rainer M. Rilke, representantes destacados de la actitud torremarfileña frente a lo social; Arthur Schnitzler y Romain Rolland, pacifistas de retaguardia; Charles Peguy, uno de los muchos autores, que, con entusiasmo patriótico o por imperativo social, cayeron en el frente, Gabriele d'Annunzio, el más destacado y fanático partidario de la «acción» bélica, o Blasco Ibáñez, beligerante desde la neutralidad, son una selección representativa del tema que proponemos: guerra y literatura o, mejor, la literatura frente a la guerra, la de 1914-1918.



8 Una de las actuales monedas europeas, de acuñación austriaca, honra la memoria de esta mujer paladín del pacifismo. Recientemente ha aparecido una nueva versión de la obra de la baronesa austriaca a cargo de Olga García.

9 Aunque fue degradado de su condición de teniente de la reserva, el autor no sufrió ningún otro menoscabo en su condición de ciudadano.

10 En este trabajo, cuya temática resultaría inabarcable si se consideraran de manera exhaustiva las literaturas de todos los países implicados en la Gran Guerra, nos limitamos a las obras y autores que resultan de más fácil acceso al público español.

1.2. Contextos: origen y causas de la Guerra Europea

1.2.1. *Belle époque* y «paz armada». O de la falsedad del dicho *si vis pacem para bellum*

Para contextuar lo que sería la más enorme ocasión bélica que hasta entonces habían visto los siglos, debemos situarnos a comienzos del verano de 1914 en uno de los bulevares más bellos de Europa: la *Ringstrasse* vienesa. Es una plácida tarde de esa agradable época del solsticio de verano centroeuropeo. En una esquina enfrente de la Ópera Imperial y Real, en el célebre Sirk Ecke, unos militares de baja graduación alternan con niñeras bohemias, no muy celosas de sus cometidos, mientras una burguesía feacia pasea para ver y dejarse ver. Un batallón de «cazadores» regresa del campo de maniobras a cualquiera de los acuartelamientos de la ciudad desfilando a los marciales sones de una marcha de Strauss padre. Quizás en alguno de los aristocráticos salones de la capital, las damas ya se dejan embriagar con los valses de Strauss hijo. Es este un escenario que, con variantes, se repite en las restantes capitales europeas: en torno a las Tullerías parisinas; a lo largo del *Corso* romano, en la umbrosa *Unter den Linden* berlinesa o en el paseo de Recoletos madrileño: «las señoras nos mandan a Recoletos con los bebés», decía el sainete lírico español, donde el bulevar de la capital servía de microcosmos nacional. En los casinos de Baden de Viena, Baden-Baden, Montecarlo o Karlovy Vary quizás algún perdedor empedernido esté a punto de suicidarse, lo que después nos contarán un Stefan Zweig (*24 horas en la vida de una mujer*) o un Arthur Schnitzler (*Jugada al amanecer*). Y en los hipódromos de Roma, Dauville, Freudenau o Ascott, *i fantini* o *jockeys* provocan una tensa algarabía de los que han apostado a caballos supuestamente ganadores. La sociedad hace gala de unos refinados y exquisitos comportamientos de relación social y ocio que la historiografía ha puesto bajo el epígrafe de *belle époque*. Marie Joseph Robert Anatole, el exquisito marqués de Montesquiou-Fézensac que pintará Boldini, es el nuevo prototipo de hombre: el dandi. La Europa bien situada se prepara para la *Sommerfrische*, la *villegiatura* o *les vacances*, es decir, para el veraneo, bien en el Lido veneciano, en la balnearia Brighton o en los lagos alpinos del Tirol meridional. El ferrocarril une ya Londres con Estambul o Viena con los balnearios del Báltico o del Adriático. En Florencia, los turistas de cultura se alojan en habitaciones con vistas sobre el Arno. Las fuerzas creadoras de esa sociedad que «los diez mil de arriba» rigen y determinan, ensayan en sus retiros, en ocasiones el café de la esquina, una vanguardia que amplía los horizontes de la comunicación y de la expresividad humanas. El expresionismo y el futurismo ya han formulado sus manifiestos y hace años que Picasso ha roto una milenaria tradición de representación pictórica. Y los pensadores posthegelianos y antihegelianos (Nietzsche, Weber, Scheler, Husserl, Simmel, Haeckel) han aportado el más diverso logicial con el que esa sociedad pueda moverse y sobrevivir en un ambiente de trepidante cambio: nihilismo, vitalismo, historicismo, empirio-criticismo o existencialismo. Incluso el semita Freud se ha asomado a las causas inconscientes del obrar humano. No en vano Hugo von Hofmannsthal constataba que en la confusión del momento circulaban todas las insensateces alemanas puestas en circulación desde el siglo XVI. Todo ello como diagnóstico o remedio a la situación de «transmutación de

todos los valores» que había anunciado Nietzsche y que la segunda generación de los «fundadores»[11] acusaba de manera muy marcada: en efecto, se trataba de conseguir un hombre nuevo que rompiera con el *establishment* de la sociedad burguesa salida de la restauración postnapoleónica y que los fundadores de la industrialización habían potenciado. Era una sociedad desintegradamente integradora que vivía en la frenética alegría que Hermann Broch denominó «apocalíptica»[12] y cuyos comportamientos vendría a decantar la guerra. El hombre heroico, original, vanguardista o, incluso, bohemio y, en todo caso, *outsider* saldría de la guerra convertido en un ser comprometido, inconformista y, en ocasiones, desclasado, víctima de los enfrentamientos colectivos. La guerra destaparía la psicología profunda de los pueblos europeos.

En efecto, hace años que las naciones de Europa asisten a la rebelión de las masas y viven en un ambiente de hostilidad mutua que les hace invertir gran parte de los presupuestos estatales en armamento. La historiografía llama a esa época la «paz armada». Dispersos por todo el continente europeo arden rescoldos de conflicto que están generando numerosas tensiones políticas y que en esos días del verano del 14 se van a conjurar para crear un ambiente bélico generalizado. Una desprevenida sociedad civil, refugiada en el esteticismo, la expansión urbana, el odio antisemita o la lucha de clases, se verá arrebatada en su vorágine de manera incontenible.

El foco fundamental de conflicto está situado en los Balcanes, donde las naciones que antaño habían integrado, a la fuerza y por conquista, el imperio otomano (Bulgaria, Serbia, Rumanía, Bosnia-Herzegovina) tienen intereses contrapuestos y se enfrentan con la expansión de la llamada Monarquía Dual o austrohúngara por una parte y de Rusia por otra. En el interior de esta Monarquía Dual, cuyo lazo de unión es el soberano, a la sazón Francisco José, existen grandes tensiones sociales entre los componentes étnicos de la misma: alemanes, húngaros, eslavos, italianos, etc. Los eslavos del norte, es decir, los checos están en pugna con austro-alemanes y húngaros por no haberles sido reconocidos sus derechos de autonomía cuando el Imperio de los Habsburgo se los reconoció a Hungría en 1867. En la Rusia de los Romanov, al tiempo que se continúa un frenético expansionismo que les lleva a tocar Alaska y a chocar con el incipiente imperialismo japonés, crece el antisemitismo. Con ocasión de algún atentado anarquista, se «celebran» *pogroms* con la población judía que inicia un movimiento de emigración hacia Occidente o, incluso, América. Por otra parte, cunde la propaganda comunista en el pueblo que ensaya una revolución —que fracasa— en el llamado «domingo sangriento» de 1905. Además, el zar pretende tutelar un movimiento paneslavo surgido con fuerza en la Praga revolucionaria de 1848 en el Congreso Paneslavo[13]. Todo ello, supone sin duda una amenaza para los llamados imperios centrales: Alemania y Austria.

En Polonia, nación inexistente como estado al hallarse dividida desde hace más de un siglo entre Austria, Alemania y Rusia, cunden el sentimiento nacionalista y los movimientos independentistas que lidera Roman Dmovski. Y la recientemente constituida monarquía de los Saboya, es decir, el reino de Italia, pretende

11 Término de la crítica cultural alemana (*Gründerzeit,* época de los fundadores) referida a la época de la gran industrialización alemana coincidente con la fundación del imperio alemán.

12 En un ensayo sobre la Viena finisecular (*Hofmannsthal und seine Zeit*), el insigne novelista austriaco caracterizó la época con la expresión *froehliche Apokalypse*: un alegre apocalipsis.

13 En plena efervescencia revolucionaria de 1848, tuvo lugar en Praga una reunión de personalidades de ideología paneslava que dio lugar al paneslavismo como movimiento político.

extender sus fronteras septentrionales hasta la divisoria hidrográfica de los Alpes (el Bolzanino o Tirol del Sur) y practica un irredentismo militante sobre territorios que antaño habían sido de soberanía veneciana (el entorno de Trieste). En África, la Italia recientemente unificada ha conseguido ámbitos de influencia en países que hoy en día constituyen uno de los focos más activos de inestabilidad política (Libia, Somalia, Eritrea), pero que no han satisfecho las pretensiones de ampliación de su zona de influencia. La negativa francesa a poner bajo influencia italiana la zona de Túnez, administrada por el Imperio Otomano, hizo patente que la alianza franco-italiana[14], que tan buen resultado había dado a la monarquía sabaudia en su enfrentamiento con Austria, era mero pacto de conveniencia.

El múltiple expansionismo colonial era otro foco decisivo de tensión internacional. La lucha por las materias primas que ofrecían a la explotación europea los «territorios coloniales» se expresaba en la presencia planetaria de las naciones del Viejo Continente. Expresión máxima de la ideología colonialista fue el político francés Eugène Étienne, quien formuló de manera ejemplar la filosofía del expolio planetario perpetrado por aquellas naciones que años antes habían liderado la emancipación americana, Francia e Inglaterra. Fueron estas las que llevaron a cabo en todo el mundo un feroz proceso de colonización: concebido como empresa estatal, la colonia debía reportar el máximo de ventajas a la metrópoli. El Imperio Alemán, llegado con retraso al reparto colonial, se enfrenta a los ya asentados colonialismos de Francia e Inglaterra —fuera del continente por supuesto—, en los territorios a medio repartir de África y Asia. Togo, Camerún, África Oriental y Sudoccidental, amén de la Oceanía alemana (Islas Marianas, Palau y Carolinas) constituían el 84% de la superficie del Imperio Alemán mientras solo representaban el 16% de su población. El Congreso de Berlín de 1885 parecía haber calmado el enfrentamiento colonial al acordar un reparto del mundo en zonas de influencia. Solo fue sin embargo un apaciguamiento aparente. Fueron necesarias más de una conferencia al más alto nivel (la de Algeciras[15], por ejemplo) para que el conflicto no estallara abiertamente. En todo caso motivó que, antes que las hostilidades en el campo de batalla, estallara la guerra comercial: la denominación de origen alemán (*made in Germany*) fue inicialmente un ideológico arancel proteccionista[16], que consiguió el efecto contrario.

En la Francia que, por su derrota en 1870, ansía la revancha frente al Reich, el despegue industrial alemán incrementa la germanofobia del probo *citoyen* ante el que supuestamente no era más que un mero *Untertan* (súbdito) alemán, eso sí, muy prepotente y que, en efecto, ya disfrutaba de una envidiable seguridad social. El nacionalismo francés se expresaba en formulaciones de trazo grueso: Clemenceau afirmaba que en el mundo sobran más de 20 millones de alemanes[17]. Cuna

14 En un intento de recuperar la Lombardía y el Véneto de Austria y de unir la fraccionada Italia salida del Antiguo Régimen y sancionada en el Congreso de Viena, el reino del Piamonte había llegado a ceder la franja de Niza —ciudad que tenía el valor emblemático de ser ¡patria de Garibaldi!: las conveniencias se imponían— al II Imperio francés. Sin embargo, el tradicional oportunismo italiano se puso abiertamente de manifiesto en 1884, cuando las pretensiones coloniales enfrentaron a las dos naciones, Italia y Francia, antaño tan fraternas. No sería el último caso de la escasa fiabilidad que merecían los tratados entre cancillerías europeas.

15 Como consecuencia de las tensiones entre Francia y Alemania por el protectorado de Marruecos, se reunieron los representantes de una docena de naciones europeas en la localidad andaluza para poner término a las mismas.

16 A finales del siglo XIX, la Gran Bretaña impuso, en el marco de las relaciones comerciales bilaterales, que los productos alemanes llegaran al mercado británico con una marca de origen como medida de protección de los propios productos: *made in Germany.* Como se sabe, esta disposición, intencionalmente una penalización, se transformó en una marca de calidad.

17 Por parte alemana, las expresiones del nacionalismo no eran menos bravuconas: Dios aparte, Alemania no temería ni a nadie ni a nada en el mundo, afirmaba con una altanería de lansquenete, muy propia de los nacionales de este país, el brutal canciller Bismarck.

del moderno antisemitismo europeo, el país todavía tenía caliente el asunto Dreyfus, cuyo protagonista, un teniente judío de origen alsaciano acusado de espionaje en favor de Alemania, dividió la sociedad francesa en dos categorías: la del ciudadano progresista o *dreyfusard* y la del ciudadano conservador o *antidreyfusard*, que, con acendrado sentido nacional ambos, dirimen con furor ideológico sus cuitas tras el enérgico *j' accusse* de Zola.

Pequeños países como Holanda y Bélgica explotan grandes extensiones coloniales a base de genocidios que se llevan a cabo sin ningún pudor: el perpetrado por los sicarios del hipócrita Leopoldo II en el Congo (que mientras tanto se pasea por Europa a bordo del Orient-Express en compañía de la bailarina Cléo de Mérode) o el que las autoridades holandesas realizan en la Batavia indonesia y que en *Max Havelaar* denunció Douwes Dekker, alias Multatuli. En ocasiones perfeccionaban los tradicionales exterminios de la primera colonización. Más de diez millones de víctimas fueron el saldo del tutelaje ejercido por el bonachón rey belga. Testimonio de ello dejó Joseph Conrad en *El corazón de las tinieblas.*

La imperial e imperialista Gran Bretaña se halla empeñada en una guerra comercial con Alemania y empieza a percibir las primeras agitaciones internas, pues los irlandeses, desde tiempo inmemorial bajo la tiránica férula británica, en 1905 han extendido la partida de bautismo de la primera de las numerosas organizaciones terroristas que después asolarán Europa: el IRA que entonces se presentaba al mundo con el nombre de Sinn Fein. El «celta que soñaría» en el relato de Vargas Llosa, Roger Casement, estaba ya preparando su colaboración con Alemania Guillermina para el «Alzamiento de Pascua» contra la gran Inglaterra de 1916. Por lo demás, el gran desarrollo técnico experimentado a lo largo del siglo XIX había influido decisivamente en los procedimientos de combate. La dinamita, la ametralladora, el fusil de retrocarga —una de las claves del éxito militar prusiano—, el rifle de repetición, la «parabellum», así como la movilidad mecanizada de los ejércitos serían factores que venían a modificar de manera radical los usos bélicos.

Finalmente deben reseñarse las actividades de «inteligencia» como factores de esta paz armada. Las alcantarillas del estado despedían los fétidos vahos de las frenéticas e inconfesables actividades de los servicios de inteligencia, recientemente institucionalizados, que imponían la razón de estado por encima del individuo. Los servicios de espionaje y contraespionaje ensayaban ya la utilización de sofisticados medios técnicos de observación, trasmisión y seguimiento como la fotografía, la radio o la microfonía. Un coronel de los servicios de espionaje austriaco, Alfred Redl, genio de la astucia y jefe de Estado Mayor, era contraespiado y chantajeado por la Ojrana zarista a causa de su homosexualidad y se vería obligado a entregar los planes estratégicos, ofensivos y defensivos, de la Monarquía austriaca a la Rusia zarista[18]. El periodista y escritor praguense E. E. Kisch (1885-1945), combatiente en los Balcanes, escribiría una crónica del caso Alfred Redl una vez pasada la guerra: *Der Fall des Generalstabschefs Redl* (El caso del jefe de estado mayor Redl), 1924[19].

Tal es, a grandes trazos, la situación de una Europa que, alegre y confiada, avanza hacia el precipicio y se lanza, sobre todo desde 1885 y en aras de la *Weltpolitik*

18 El «caso Redl» y sus consecuencias han producido abundante bibliografía. Ver, por ejemplo, Georg Markus, *Der Fall Redl. Viena*, Amalthea. 1985. El cineasta húngaro Istvan Zsabo fue oscarizado hace años por la historia cinematográfica del tema.

19 Dejó testimonio de su vivencia de la guerra en *Soldat im Prager Korps*, 1922. Más tarde participaría en la guerra civil española.

guillermina, a la llamada «carrera armamentística» Desde una perspectiva geo-estratégica, la historiografía denomina a esta época «paz armada»; desde una perspectiva socio-cultural, *belle époque*. Los casi tres mil quinientos millones de marcos que en 1914 destinaba a armarse la Alemania de Guillermo II o los casi dos mil millones que la Rusia zarista invertía para preparar la guerra justifican al menos la primera denominación. Los grandes bulevares europeos (Unter den Linden, Ringstrasse, Lungotevere, Capucines o Castellana) avalan la segunda.

1.2.2. Declaración de guerra y bandos contendientes

Volvamos a ese atardecer estival de la Ringstrasse. Las ediciones vespertinas de los diarios acaban de salir a la calle y los vendedores vocean una escueta noticia que pondrá fin a la *belle époque* y a la paz armada: ¡Atentado en Sarajevo: asesinato del heredero! En una pequeña Serbia con ansias de grandeza, una organización terrorista, que lleva el siniestro nombre de «mano negra» (*Cerna Ruka*), hace unos años que agita el revanchismo eslavo frente a la Monarquía austriaca. Ella parece estar detrás del atentado contra el *Thronfolger* o príncipe heredero. Princip Gavrilo, un estudiante serbio, ha asesinado, con dos certeros disparos, al Archiduque Francisco Fernando, de visita oficial en Sarajevo. Este asesinato provoca una grave tensión diplomática entre Austria y Serbia, tensión que se mantiene durante un mes, de junio a julio del 14, y que concluye con el ultimátum que el Káiser austriaco dirige al rey de Serbia para que entregue a los responsables. Toda la carga explosiva que previamente se ha ido acumulando sobre el Continente estalla cuando, transcurrido el plazo del ultimátum austro-húngaro a Serbia para la entrega de los asesinos del heredero de Austria-Hungría, esta declara la guerra a la Monarquía serbia de los Karageorgevic que, por lo demás, ansía la salida al mar que había tenido antaño, cuando su centro étnico estaba en Kosovo. El emperador Francisco José dirige un manifiesto a sus súbditos desde la gaceta oficial del estado bajo el título de *An meine Völker* (29 de julio de 1914). En él justifica la declaración de la guerra apelando a la seguridad interior y la paz exterior de las naciones que gobierna.

Es así como en ese momento final del mes de julio y en el plazo de una semana tras el cumplimiento del ultimátum de Austria a Serbia, se activan los pactos de defensa y «no agresión» mutuas que unen —más bien habría que decir dividen— el Continente y se fijan los bandos contendientes:

1 La Rusia zarista, cabeza del paneslavismo, declara la guerra a Austria-Hungría, que se la ha declarado previamente a Serbia;
2 lo que lleva al Reich alemán del megalómano Guillermo II a entrar en guerra con Serbia y Rusia;
3 acto seguido, la Francia republicana declara la guerra a Austria y Alemania en aras de su alianza con Rusia;
4 finalmente Inglaterra, unida a Francia por la llamada Entente Cordial, declara la guerra a Austria-Hungría y Alemania, definiéndose así dos bandos beligerantes:

4.1 *La Triple Alianza, constituida inicialmente por Alemania, Austria-Hungría e Italia, si bien esta cambiaría con facilidad de bando. Poco después se añadirían a esta alianza Bulgaria y Turquía;
4.2 *la Triple Entente (Cordial), que forman Francia, Inglaterra y Rusia, a la cual se unirán Serbia, Japón, Rumanía y más tarde, en 1917, Estados Unidos y 14 naciones más (Portugal, Uruguay, etc.).

Algo de verdad había en la expresión del político inglés Lloyd George quien, pasada la contienda, diría que los líderes de los países europeos no habían querido la guerra, sino que ellos se tropezaron con ella.

1.2.3. La guerra: desarrollo y fases

1.2.3.1. Movilización y campañas de movimientos

Tras la declaración de la guerra se producen, en aras del llamado «espíritu 1914», unas movilizaciones militares como nunca se habían visto en Europa: más de dos millones de soldados acuden voluntariamente a los centros de reclutamiento para enfrentarse en los primeros meses de la guerra. Veinte millones de hombres serán los que a lo largo de la misma entrarán en combate. La tropa, arropada por el ambiente patriótico de cada país, marcha a la guerra en el convencimiento de que para navidades se estará, ileso, en casa. El autor austriaco Karl Kraus en *Los últimos días de la humanidad,* genial (y mastodóntico y wagneriano: más de cinco horas de representación) drama reproducirá años más tarde y con una ironía corrosiva ese ambiente festivo y despreocupado en el *corso* de Viena a pesar de las amenazas que se cernían sobre la paz.

Alemania, que había aplicado novedosas tecnologías militares (el fusil de retrocarga o el transporte de tropas por ferrocarril) en sus guerras con Austria y Francia hacía 40 años, inicia las hostilidades invadiendo a la prusiana, es decir, sin previa declaración de guerra, Bélgica, declarada neutral, para coger a Francia por la espalda. En un primer momento, tanto en el frente occidental como en el oriental tienen lugar importantes penetraciones territoriales (de Alemania en Francia, y de Rusia en Austria-Hungría) que solo a duras penas logran contenerse[20] en el Marne y en Tannenberg respectivamente. En la batalla junto a ese río francés se enfrentarían un millón de combatientes, la mitad de los cuales había perecido al cabo de los seis días que duró la batalla. Nuevas tecnologías de guerra aparecieron, esta vez por parte francesa (el automóvil, el avión, la radio) que dieron un nuevo giro a la contienda. Italia, tras pensárselo poco y comprobar la comprometida situación de los Imperios Centrales, cambiará de bando y establece el frente sur de la Guerra.

20 En el frente oriental los alemanes tuvieron que acudir en ayuda de los austrohúngaros que habían cedido ante el empuje ruso (uno de los efectos del «caso Redl») cediendo territorio (entre otras, la ciudad fortaleza de Lemberg) ante los embates del ejército zarista. Los generales alemanes Ludendorf y Hindenburg, este último posterior presidente de la República de Weimar, contuvo la ofensiva rusa en la zona de los Lagos Masurianos, batalla que supuso el inicio de la retirada rusa.

1.2.3.2. Guerra de trincheras o de posiciones

Tras esta primera fase de avances y retrocesos, los frentes se estabilizan y estos, en una dinámica de inútiles ataques y contraataques, se convierten en un matadero humano y la retaguardia en un gigantesco hospital de campaña a lo largo de los mismos. La historiografía ha designado esta fase como «guerra de trincheras» (*trenchwarfare/Stellungskrieg/Schützengrabenkrieg, guerre des tranchées, guerra di trincea*), término que encubre lo que en realidad fue una terrible «guerra de desgaste» (*war of attrition*).

1.2.3.3. Entrada en guerra de los Estados Unidos y capitulación alemana

En 1917, como represalia a una guerra total alemana, los Estados Unidos entran en la guerra a favor de los «aliados» (desafortunada calificación historiográfica, pues aliados eran los de un bando y los del otro) y, aunque Alemania obliga a capitular a Rusia (en parte a través del desgaste que suponen el descontento interior y la revolución iniciada en San Petersburgo), la superioridad numérica y de armamento norteamericano, así como la inestabilidad interior que provocan las huelgas y rebeliones en las unidades militares de los Imperios Centrales, llevarán a estos a deponer las armas. A finales de año, en noviembre, los gobiernos de los imperios centrales capitulan, sus emperadores renuncian al trono y se exilian dando así comienzo a sendas repúblicas en Alemania y Austria y en los nuevos países derivados de la desintegración de esta última. Alexander Lernet Holenia (1897-1976), presidente que sería del PEN austríaco, representaría en *Die Standarte* (1933) de manera magistral la desintegración «nacionalista» del plurinacional ejército cacanio, es decir, austro-húngaro, desintegración que comportaría la caída del centenario imperio austriaco. Su descripción podría valer también para el derrumbamiento de los otros imperios. El escenario del relato de Lernet Holenia eran las posiciones del ejército cacanio en el Danubio:

> La comandancia militar de la ciudad había estado situada justo al lado del estado mayor del ejército. En el camino hacia allá ya vimos que comenzaban los saqueos. Una calle entera se hallaba en el mayor revuelo. Algunos infantes, evidentemente en retirada y durante mucho tiempo sin provisiones se habían desbandado y habían asaltado varios establecimientos de comestibles. Otros entraron en las casas vecinas. La población civil gritaba presa de pánico. Algunos oficiales golpeaban a su gente, otros se mantenían alejados encogiéndose de hombros y fumando cigarrillos.[21]

Y Josef Roth en *La rebelión* describía el efecto depresivo que los hospitales de campaña ejercían sobre el ambiente social:

21 A. Lernet-Holenia, *El estandarte*. Asteroide, Barcelona, p. 348.

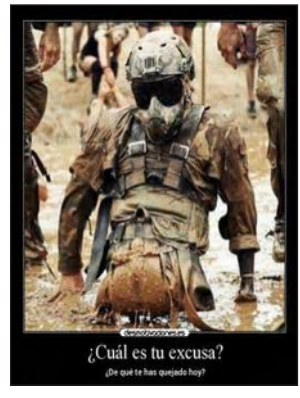
El ferrocarril conducía al mundo, a la gran ciudad, a la vida. Pero los ocupantes del hospital de guerra número XXIV no podían llegar a la estación terminal del ferrocarril.

Estaban ciegos o tullidos. Cojeaban. Tenían la espina dorsal deshecha a balazos. Esperaban una amputación o ya la habían sufrido [...] su paz con el enemigo estaba sellada y rubricada. Se aprestaban ya a una nueva guerra: contra los dolores; contra las prótesis; contra los miembros paralizados; contra los espinazos doblados; contra las noches sin sueño; y contra la gente sana.[22]

En efecto, la paz preparaba para otra guerra, la guerra social.

1.3. Consecuencias de la guerra: *malum et pax*

Nuevas técnicas de destrucción habían dado lugar a una potente industria de guerra que se convertiría en uno de los pilares del empleo de mano de obra en las respectivas naciones: dinamita masiva frente a la pólvora tradicional, carros de combate, aviones, gases asfixiantes, trenes, ametralladoras, cascos funcionales[23], lanzallamas, minas, submarinos… Todo este desarrollo, que ha exigido un enorme esfuerzo económico[24], había potenciado el efecto letal del conflicto. Si en Solferino, cincuenta años antes y sin la utilización de la dinamita ni de la ametralladora, habían muerto en solo nueve horas de combate diez mil soldados, es fácil calcular la efectividad mortífera de las nuevas armas. Pronto las retaguardias se verían transitadas por inválidos y mutilados que se habían dejado las extremidades, la vista o la mitad de la cara en el campo de batalla. «Un día de esta guerra equivale, por sus pérdidas en hombres y dinero, a un mes o un año de las guerras famosas de otros tiempos», había dicho un prócer de la misma.



22 J. Roth, *La rebelión*. Seix Barral. Barcelona. p. 7. (Cuando existe versión española de los textos aducidos, los utilizamos. Si no, traducimos solo los textos alemanes por ser de mayor dificultad).

23 Así, por ejemplo, el característico e inicial *Pickelhaube* prusiano, de cuero endurecido, se vio sustituido por el célebre *Stahlhelm* o casco de acero que se hizo corriente hasta la II Guerra mundial.

24 Testimonio de este esfuerzo sería la recogida social de metales como el níquel o el hierro que se solicitaban a través de campañas expuestas en las columnas anunciadoras de los bulevares europeos.

El desastroso resultado, tras cuatro años de lo que Jünger denominaría «tormentas de acero», se puede resumir en las siguientes magnitudes:

1 8.000.000 caballos despedazados;
2 40.000 kilómetros de trincheras;
3 10.000.000 de soldados caídos;
4 32 países en guerra;
5 Cientos de miles de hectáreas devastadas;
6 Cuatro imperios derrumbados (Austria, Alemania, Turquía y Rusia);
7 Instauración, en octubre de 1917, de la que será la dictadura más duradera y cruenta (la soviética) de la época moderna;
8 Remodelación de fronteras que afectaron a más de 20 millones de habitantes;
9 Una Europa que pierde el liderazgo mundial y que en la paz de Versalles deja abierta una herida por la que supurará el rencor nacionalista: el término Dolchstoss[25], convertido en lema de propaganda política, es ejemplo de ello;
10 Surgimiento de un nuevo ambiente revanchista que veinte años más tarde dará lugar a la II Guerra Mundial.

La transformación social que siguió a tales desastres fue radical. La *belle époque* fue sustituida por los *roaring twenties*, *les années folles* o *die wilden Zwanziger,* locos años de cabaret, charleston, vanguardias y paraísos artificiales; el dandi cedió ante el revolucionario, burgués o aburguesado, que no se arredraba ante el atentado, el genocidio o la checa… si era él quien los ejercía; el artista que había ejercido *l´art pour l´art* por el artista al servicio de la causa (Brecht sería arquetipo de escritor entregado a la misma); el evasivo *Jugendstil, Secession, Liberty* o *art nouveau,* por el *art deco*, un poco más funcional; la industrialización imparable por crisis financieras y devaluaciones; finalmente el político de gabinete se vio barrido de la escena pública por el arribista político de masas. Mussolini, oportunista socialdemócrata convertido en dictador del *fascio*, daría la imagen perfecta del nuevo tribuno populista al que seguiría la serie de dictadores que rigieron en el XX: Hitler, Hörthy, Antonescu, Atatürk o Primo de Rivera. Por si fuera poco, el «viernes negro» de la Bolsa neoyorquina en 1929 supuso una nueva tonalidad en el coral de enfrentamiento social y político que el mundo entonaba. Nuevos expansionismos surgieron en el contexto mundial y el militarismo renacía de sus cenizas con fuerzas: Japón intervendría en Manchuria y China y Bolivia invadiría los esteros del Chaco paraguayo. Y el Tercer Reich en el horizonte.

Este complejo estado de cosas afectará de manera directa a los escritores y creadores, ya que muchos de ellos tienen que alistarse y todos deben tomar partido ante las disyuntivas de comportamiento que la guerra presenta. Por otra parte, estos sucesos, muchos de ellos de carácter apocalíptico (Verdún, por ejemplo), constituían un material sobradamente literario. El romanticismo, todavía vigente en el parnasianismo, en la bohemia, en el decadentismo o en el simbolismo, se esfuma y desaparece ante una realidad que exige una creación literaria menos individual, más social y comprometida. Surgen nuevos comportamientos de los autores y pintores frente a lo social y lo político que ya se habían anunciado en el naturalismo

25 Así designó la propaganda nazi la reacción antibélica de la sociedad alemana al final de la Guerra, reacción que habría obligado al Reich guillermino a la capitulación.

europeo, si bien en la música se creó una burbuja de extrañamiento o aislamiento de la realidad que se perpetuó hasta años recientes[26]. Una breve caracterización generacional y de comportamientos, amén de un repertorio de autores y obras en torno a la guerra daría el panorama literario que a continuación esbozamos.

1.4. Breve fenomenología de la «literatura de guerra» del 14-18

1.4.1. Clasificación generacional

Muchos escritores europeos a los que la llamada «paz armada» los cogió ya de veteranos habían sido más o menos conscientes de la contienda que se preparaba, si bien mantuvieron actitudes muy dispares. Más homogéneos fueron las actitudes y comportamientos de los autores a los que el estallido de la guerra les sorprende en plena edad militar o aquellos a los que se moviliza al comienzo de la juventud. Desde este punto de vista cabe distinguir tres generaciones:

1 Los que, nacidos entre 1860 y 1880, no servirían en el frente, pero vivirían de lleno las amenazas que suponía la «paz armada»;
2 Los que, nacidos entre 1880 y 1895, soportaron el peso de la contienda, participando en las hostilidades;
3 Los que, nacidos entre 1895 y 1900, vieron afectadas su infancia y adolescencia, directa o indirectamente, por el desarrollo de la guerra.

1.4.2. Clasificación genérica

El género utilizado por los autores para dar expresión a su comportamiento frente a la guerra varía según las intenciones comunicativas que la contienda les inspira. La intención monitoria que quiere motivar la reflexión del lector prevalece en el ensayo periodístico (B. Shaw) o aforístico (A. Schnitzler). La expresión individual de las emociones que los horrores bélicos producen en la intimidad personal utiliza obviamente la lírica (E. Kästner, G. Trakl, G. Apollinaire). La documentación de esos horrores se reserva a la narrativa que se constituye en el género denunciador por excelencia (E. M. Remarque, E. Hemingway). Menor utilidad social tiene el teatro en unos momentos en los que la representación suponía unos esfuerzos difícilmente soportables en el marco de una economía nacional de guerra. Sin embargo, una de las obras maestras de la literatura de guerra es la mencionada pieza teatral *Los últimos días de la humanidad* de K. Kraus.

26 La falta de compromiso social de la «alta» música de la época no deja de chocar y solo algunas excepciones salvan a este arte de una desconexión con la historia que previamente no había profesado. El gran compositor de la época, Richard Strauss se atrevería en plena «guerra total» a plantear en *Capriccio* el problema formal de la ópera tradicional: «si prima le parole o poi la música» o a la inversa. El compromiso musical con lo social se refugió en el llamado *Kleinkunst*.

1.4.3. Comportamientos socio-literarios frente a la guerra

Los comportamientos de los autores, al igual que los de la sociedad, ante los nubarrones que primeramente amenazaron y después descargaron sobre el horizonte europeo fueron básicamente tres: el belicismo, la indiferencia esteticista y el pacifismo beligerante. La primera de ella sufriría una metamorfosis o una radicalización a medida que la guerra se va desarrollando y los acontecimientos bélicos y sus consecuencias sociales van haciendo mella en sus personalidades y vivencias. Pasada la primera euforia belicista, la mayoría cambió su visión de la guerra que quizás solo se había basado en la lectura esteticista de las epopeyas clásicas, léase la *Gerusaleme conquistata* o la *Canción de los Nibelungos*, *Grossepoi* que se editaban en ediciones lujosas con bellas ilustraciones. En este sentido, Freud denunciaría la concepción esteticista y filosófica de la guerra. El alemán Carl Zuckmayer (1896-1977), guionista que sería del film *El ángel azul*, es un buen ejemplo de cómo las hostilidades fueron una especie de camino de Damasco hacia el pacifismo. Enrolado bajo la euforia del primer momento, pronto las experiencias del frente lo convirtieron en un poeta pacifista, que, tras la guerra, pronto se malquistó con las fuerzas militaristas de la República de Weimar. Ya en el exilio, escribiría contra el militarismo nazi su *General del diablo*. Pero en honor a la verdad justo es decir que algunos de ellos conservaron genio y figura, por lo que se hace válida esa triple caracterización.

1.4.3.1. Activismo belicista

Este comportamiento lo manifiestan mayormente los autores de la primera generación que, si bien han mantenido una actitud crítica frente a la sociedad burguesa durante la paz armada, en una época de rampante imperialismo, integraban en su escala de valores un patriotismo beligerante. El italiano G. d'Annunzio (1863-1938), autor del magnífico relato decadentista *il Piacere*, pertenece a la que hemos llamado primera generación, y durante la «paz armada» ha dado muestras de un irredentismo incurable que le llevó a participar personalmente en más de una hazaña bélica. Sus *Canzoni delle geste de oltremare (1912),* consagradas a la guerra de Libia, «atesora» una expresión paradigmática de ese belicismo al desear para Europa «un baño de sangre que permita eliminar la pestilencia». En una de sus *Odi Navali*, con un sentido prefuturista casi veinte años antes de la promulgación del *Manifiesto*, dedicaba su entusiasmo contemplativo a una «torpediera» anclada en un puerto naval del Adriático. El poema todavía hoy da idea de la banalidad en la que puede caer el mero cultivo de la forma:

Naviglio d'acciaio, diritto veloce guizzante
Bello como un'arme nuda,
Vivo palpitante
Come se il metallo un cuore terribile chiuda;
Tu che solo al freddo coraggio dell'uomo t'affili
Come l'arme su la cote,
E non sofri i vili
Su la piastra ardente del ponte che il fremito scote.[27]

El narcisista vate italiano, ¿se percataba de que el *naviglio d' acciaio,* por encima del frío coraje del hombre en el que se afilaba, era precisamente un arma de aniquilación de lo humano? Y otro poema, trasunto de la afición italiana al recordatorio de efeméride, «XXVI noviembre MDCCCXCCII», lo iniciaba en un, hoy en día, ridículo tono que sería, si no imitado, sí reproducido en ocasiones de hueca grandilocuencia (en la defunción de los dictadores, por ejemplo):

Armata d'Italia!
Nel nome d'Italia, di Dio
E del Re, nella nostra cattolica Fede, Simone
Di Saint Bon[28] *è morto. Il grande Ammiraglio oggi è morto*
[…] *Marinai d'Italia, giustissimo orgoglio del sangue*
Nostro, eletto fiore di giovinezza cresciutto
Lungo i lidi ove i padri legarono l'alte galee
Vittoriose […].

En ese su afán belicista, quizás trasunto de la *filosofía della azione,* llegaría incluso a cambiar el célebre saludo franciscano «paz y bien» por un quiasmo antitético «paz y bien, mal y paz», que precisamente figura como lema vital en las paredes de su «abbazia» junto al lago de Garda. Esa «filosofía de la acción», compartida por anarquistas y proveniente de un Nietzsche, más que indigesto indigerido, había producido en la joven generación un ansia de activismo que la sacara de su inercia esteticista. Filippo Tommaso Marinetti (1876—1944), formulador del futurismo italiano en su *Manifiesto*[29], publicado en *Le Figaro* parisino cinco años antes del estallido de la guerra (1909), proponía además de una glorificación de la violencia y de la guerra, en un momento de valoración estética de lo femenino (en el *Art Nouveau* de Alfons Mucha, por ejemplo), un atrevido desprecio de la mujer (*mépris de la femme*).

(3) Hasta hoy, la literatura exaltó la inmovilidad pensativa, el éxtasis y el sueño. Nosotros queremos exaltar el movimiento agresivo, el insomnio febril, el paso ligero, el salto mortal, la bofetada y el puñetazo […].

(7) Ya no hay belleza si no es en la lucha. Ninguna obra que no tenga un carácter agresivo puede ser una obra de arte. La poesía debe concebirse

27 G. D´Annunzio, *Versi d' amore e di gloria*. Mondadori, Milano, p. 742.
28 Simone di Saint Bon, ministro de la marina real Italia, fue uno de los promotores del armamentismo italiano de finales del XIX.
29 «Futurisme», en *Le Figaro*. Paris, 2 fevrier, 1909, n. 51, p. 1.

como un violento asalto contra otra las fuerzas desconocidas, para obligarlas a arrodillarse ante el hombre [...].

(9) Nosotros queremos glorificar la guerra —única higiene del mundo—, las hermosas ideas por las que se muere y el desprecio por la mujer.

Giovanni Papini (1881-1956), autor de la célebre *Historia de Cristo*, confesaba «amar la guerra» y saludaba el estallido de las hostilidades en un terrible artículo titulado *Un caldo bagno di sangue*:

Finamente ha llegado el día de la ira después de los largos crepúsculos del temor... se necesitaba al fin un caliente baño de sangre negra [...] Somos demasiados. La guerra es una operación malthusiana [...] ¿Para qué sirven las madres a cierta edad sino para llorar? Cuando se quedaron embarazadas no lloraron; ahora es necesario que paguen por el placer.[30]

Más tarde, en su autobiografía[31] describiría, arrepentido, el ambiente de preguerra:

El pesimismo radical no era ahora ya el punto último [...] En aquel tiempo yo sentía un intenso disgusto por la realidad [...] Era aquel un mundo turbio y cerrado, en el que la sombra vencía a la luz y lo trágico salía fuera de lo ordinario; un mundo habitado por jóvenes pálidos y sin ilusiones, por hombres poseídos y atormentados por ideas fijas y por terrores nuevos.

Esa glorificación errática e irracional de la acción violenta (no en vano *il condottiere* ha sido icono de la civilización italiana) continuaría en el *ardittismo* que heredó el «escuadrismo» del *fascio, ardittismo* ya presente en la fantochada militarista de Quarnero dirigida por d'Annunzio.[32]

Thomas Mann (1875-1955), sin llegar a los excesos de d'Annunzio y sin vestir uniforme como este, defendería la beligerancia de Alemania, llegando a justificar incluso el asalto de Alemania a Bélgica y a invertir en bonos de guerra todavía en 1917, cuando declinaba la fortuna bélica de los Imperios Centrales. A partir de la opción alemana a favor de la «cultura» frente a la aliada, a favor de la «civilización»[33] (¡vivir para ver!: Quizás más de un alemán consideró más tarde un acto cultural el establecimiento de Auschwitz/Birkenau), Mann abogaba por la justicia de la causa patriótica. En 1914 escribió un ensayo *Gedanken im Krieg*, donde azuzaba la hostilidad contra Francia. Todavía después de la guerra se declararía «apolítico» (*Confesiones de un apolítico*) aunque en 1922 experimentaría una «conversión democrática» que le hizo pacifista convencido: «¡Cómo no iba a alabar a

30 G. Papini, «Un caldo bagno di sangue», *Lacerba*, 1 oct. 1914.

31 G. Papini, *Un hombre acabado*, Barcelona, 1977, p. 101 y ss.

32 Golfo del Adriático en la península de Istria en el que tuvo lugar el establecimiento de una república corporativista por obra y gracia del vate caudillo d'Annunzio. La República de Quarnero o Carnaro sirvió en parte de modelo y acicate al estado fascista.

33 «Civilización y cultura no son una y la misma cosa», escribía en sus «Gedanken im Krieg», en *Neue Rundschau*, nov. 1914, p. 1471.

Dios el artista por la quiebra de un mundo en paz del que estaba harto! ¡La Guerra!: purificación, liberación era lo que nosotros sentíamos.»[34]

Hermann Hesse (1877-1962), posterior emblema ideológico de la pacifista generación hippy, saludó el estallido de la guerra e intentó alistarse llegando a cantar a los ejércitos del káiser y al káiser mismo. Más tarde, también él se hizo furibundo pacifista:

En torno a ti, tus valientes ejércitos,
Del germánico imperio en fiel vigilancia
En sus limpios escudos llevan el honor
Alemán de campaña en campaña.[35]

Parecen oírse ecos de aquel *Deutschland, Deutschland über alles, über alles in der Welt* escrito antaño por Fallersleben.

Robert Musil (1880-1942), autor del afamado *El hombre sin atributos*, se incorporaría con cierto entusiasmo a la movilización, y alcanzó el grado de teniente en el ejército cacanio, dirigiendo un periódico militar en el frente italiano, donde, ya avanzado el conflicto, un accidente le haría cambiar su percepción de la guerra.

En el bando contrario, Rudyard Kipling (1865-1936) manifestó un gran compromiso con el imperio y el imperialismo británicos, apoyando su carrera armamentística. A pesar de que perdería un hijo en la contienda, no renunció a sus principios hasta cierto punto militaristas. Dedicaría más de una obra a recoger testimonios de la guerra: De visita en el frente de Francia, se sentiría impresionado por el vacío de las ciudades: el silencio era tan terrible como la propagación de las hierbas entre las piedras del pavimento (*France at war,* 1915). Y el mestizo anglo-germano Ford Madox Ford (1873-1939), alistado y herido en el frente del Somme, utilizaría sus vivencias como material poético, si bien su más destacada obra (anti) belicista fue *Al final del desfile* (1925), tetralógica novela río, cuyo lema vendría ser el desengaño del heroísmo: «no más gloria ni por la nación ni por el mundo, se acabaron los desfiles». Por lo demás, la manifestación a favor de la justicia de la causa patria suponía en ocasiones, como en el caso de Th. Mann, un declarado belicismo. Ejemplo de ello es Charles Peguy (1874-1914), que dio expresión a un ardiente patriotismo rayano en el chovinismo. Incorporado como teniente de la reserva al frente del Marne, arengaría de pie y al descubierto a sus soldados atrincherados hasta que una bala alemana lo abatiera a comienzos de septiembre del 14: estúpido heroísmo patriótico el del autor de *El frente está en todas partes* (1914) que se fue a la tumba convencido del axioma tradicional del patriotismo: *dulce et decorum est pro patria mori*. Más reflexivo, Paul Claudel (1868-1955) arengaba poéticamente a los soldados del frente… desde retaguardia: *Y a de tout dans la tranchée, attention au chef quand il va lever son fusil! Et ce qui va sortir, c'est la France, terrible comme le Saint-Esprit!*[36] Claro que estos fervores patrióticos no son de extrañar si se considera que Sigmund Freud, clarividente analista de los comportamientos individuales, defendió la guerra desde la perspectiva austriaca, aunque pronto se volvió atrás:

34 *Ibidem*.
35 H. Hesse, «Individual Poems», en *H. Hesse Biography and Bibliography.* Ed. J. Müller, Berkeley, 1977, p. 667.
36 «Tant que vous voudrez mon général», 1915, en *Trois Poèmes de guerre* (1914-1916). París, NRF. p. 1915.

> La guerra en la que no habíamos querido creer estalló y nos trajo la desilusión. No solo es más sangrienta y rica de pérdida de vidas humana que cualquier otra anterior como consecuencia de las armas más perfectas de ataque y de defensa, sino por lo menos tan cruel, encarnizada y despiadada que cualquiera de los anteriores.[37]

1.4.3.2. Pacifismo silente o silencio pacifico

Frente a este activismo belicista se situaba una cohorte de autores que profesaban, más que un pacifismo silente, un silencio pacífico, beatífico, que rehuían la confrontación pública y que testimonian, sobre todo antes de la guerra, una búsqueda de nichos de huida, de refugios donde acurrucarse en mundos de ficción para olvidar la amenazante situación que no se quiere concienciar.

James Joyce (1881-1942), en los momentos anteriores a la guerra a caballo entre Dublín, Trieste y Locarno, está enfrascado en la redacción de *Dublineses* (1914), ácida crítica de la cotidianidad irlandesa, pero ajena a todo lo que tuviera que ver con la inminente contienda. En Praga, Franz Kafka (1883-1924) leía a sus contertulios del café Arco las páginas que relataban la *Metamorfosis* (1915) de un viajante de comercio convertido en cucaracha por mor de la deshumanización laboral. Valery Larbaud (1881-1957), con su *Fermina Márquez* (1911) profundizaba en los procesos de la adolescencia y, en plena guerra se refugiaría, huyendo del frente, aunque después de una pretendida y fracasada incorporación a filas, en Alicante. Mientras, Rainer M. Rilke (1875-1926) en su *Stundenbuch*, analizaba las posibilidades de expresión estética de la religión. Jean Cocteau (1889-1963), ya en plena guerra, ensayaba con E. Satie y P. Picasso el experimentalismo estético en el ballet *Parade.* Más tarde, como se sabe, Cocteau transigiría durante la ocupación de Francia con el nazismo. Y los *Caligramas,* subtitulados «*poemas de la paz y la guerra*»[38] (*Calligrammes. Poemes de la paix et de la guerre*, 1918) en los que Guillaume Apollinaire (1880-1918), alistado y entusiasta combatiente como oficial en el frente (en el que fue herido y condecorado), daba testimonio de la guerra, eran más un ejercicio de vanguardia esteticista que denuncia antibelicista:[39]

> El 31 de agosto de 1914
> Salí de Deauville poco antes de la medianoche
> En el cochecito de Rouveyre.
> Dijimos adiós a toda una época
> Furiosos gigantes se erguían sobre Europa
> Las águilas abandonaban sus nidos a la espera del so*l*
> Los peces voraces emergían de los abismos…
> Los muertos temblaban de miedo en sus oscuras moradas.

37 «Consideraciones actuales sobre la guerra y la muerte». Citado según https://planetafreud.wordpress.com/2009/08/23/092-consideraciones-de-actualidad-sobre-la-guerra-y-la-muerte-1915/ El texto original dice así: *Der Krieg, an den wir nicht glauben wollten, brach nun aus und erbrachte die Enttäuschung. Er ist nicht nur blutiger und verlustreicher als einer der Kriege vorher, infolge der mächtig vervollkommneten Waffen des Angriffs und der Verteidigung, sondern mindestens eben so grausam, erbittert, schonungslos wie irgendein früherer.* http://www.Gutenberg.org/files/29941/29941-h/29941-h.htm.

38 En la edición príncipe se introducían los poemas con un autorretrato a lápiz en el que aparecía como herido de guerra con la cabeza vendada.

39 No en vano, un crítico belga (¿cómo no?) tachó al autor de los *Caligramas* de *farceur*. Citado según G. Apollinaire, *Calligrammes. Poèmes de la paix et de la guerra* 1913-1916. Mercure de France. París, 1918, p. 65.

También en este capítulo de autores introvertidos habría que situar la ambigüedad de Marcel Proust (1871-1922) quien en su *Por el camino de Swan*, se centraba en la problemática de la creación artística y en la averiguación de unos procesos personales sin que con ello tuviera mayor eficacia social. Y a la hora de «recobrar el tiempo perdido» no lanzaba un claro anatema sobre la contienda pasada, si bien cuestionaba los prejuicios nacionales que ocasionaron las hostilidades internacionales, lo que no era poco. Y ambigua y esteticista en extremo es la actitud de poetas como Stefan George (1868-1933) y Franz Werfel (1890-1945) en sus respectivos poemas de idéntico título *Der Krieg*, si bien el último, en *Los 40 días de Musa Dahg* (1934), sentó un monumento a un pueblo masacrado por la guerra y el nacionalismo: el armenio. Y aunque no esteticista, sí huidiza ante el fenómeno bélico es la actitud de otros escritores como Maxim Gorki (1866-1933) o Bert Brecht (1898-1956), refugiados ambos en un condicionado «compromiso social».

Muchos otros autores, vertidos, es decir, introvertidos en el propio yo, es decir, introvertidos y ajenos a la realidad social; practicaban un extraño solipsismo, el de estar solos en compañía, explicitado en aquella *Theorie des Café Central* que en 1924, mayormente con intención retrospectiva, proponía el vienés Alfred Polgar (1873-1955) analizando un emblemático texto de Peter Altenberg (1859-1919):

Que tienes preocupaciones, cuales quiera que sean… vete al café.
Que por cualquier motivo, aunque no muy plausible, ella no puede venir… al café.
Que tienes las botas gastadas… al café.
Que gastas 500 coronas y solo tienes 400… al café.
Que habrías querido ser médico y solo eres funcionario… al café.
Que no encuentras ninguna que te vaya… al café.
Que estás al borde del suicidio… al café.
Que odias y desprecias a los hombres y sin embargo no puedes pasar sin ellos… al café.
Que nadie te concede crédito… al café.[40]

Como se ve, el texto del excéntrico Peter Altenberg era una profesión de fe en la indolencia en una época que no habría permitido tal despreocupación. En el café, literario o mundano (el Central o el Griensteidl vieneses, el Kranzler berlinés, el de la Paix parisino, etc.), convertido en punto de fuga, de encuentro o de flirteo, entre partida de tarock o de billar y lectura del *Morgenpost o Le Figaro*, los autores, mayormente noveles o fracasados, emborronaban páginas que con suerte acababan en la redacción de un periódico. «El centralista»[41], decía Alfred Polgar, «es una persona para la que no existe el sentimiento de familia, profesión o partido». Pero, como él mismo titularía una de sus contribuciones para la revista *Weltbühne*[42], la guerra educaría (*Der Krieg als Erzieher*). Llegada la guerra, algunos se expresarían ocasionalmente contra la misma, pero evidentemente, cuando pocos podían leerlos, llegaron tarde.

40 Peter Altenberg, «Ins Kaffeehaus». Citado según https://gedichteundgeschichten.wordpress. com/kaffeehaus/.
41 El «habitual» del café Central, célebre establecimiento en la Herrengasse de Viena.
42 WB, 14/II, Nr. 41, 10.10.1918, p. 337.

Y no es que este silencio o indiferencia se debieran a que los autores del momento fueran «hijos de un dios menor». Al contrario, esa época es la edad de oro de los clásicos modernos. Sin embargo, muy pocos de ellos avisaron del peligro previamente y menos denunciaron la «paz armada». Incluso después, si no tuvieron la vivencia del frente, fueron tibios en su pacifismo. O bien su conciencia estaba deformada o bien el escritor, más que conciencia de la sociedad, será mero testigo de la misma.

Cabe cuestionarse si es lícito al escritor refugiarse en la fantasía esteticista para de esta manera no tener que enfrentar la realidad. Por supuesto. Un escritor debe «crear», no concienciar, aunque es cierto que ha habido escritores que, con independencia de su habilidad estilística, han tenido como valor añadido una mayor clarividencia social y política. De hecho, con independencia de esa concienciación, la Guerra en ocasiones potenció y desarrolló los movimientos experimentales y de vanguardia, tales como el expresionismo o el dadaísmo, a pesar de que años más tarde el recuerdo de ella, generaría una vuelta al realismo.

1.4.3.3. Pacifismo beligerante

Justo es decir que hubo honrosas y, más bien, escasas excepciones a esta serie de obras de evasión estética: la del precursor del pacifismo contemporáneo, León Tolstói (1828-1910), quien en sus últimos años adelantó la objeción de conciencia, es una pero no la única. La de Berta von Suttner (1843-1914), primer premio nobel de la paz y amiga del fundador del premio, autora en plena «paz armada» de *Abajo las armas* (*Die Waffen nieder*), destaca por su radical compromiso. Abriendo el siglo, Arthur Schnitzler (1864-1931), en su *Teniente Gustl*, además de sancionar el monólogo interior, había arremetido contra la vacuidad existencial de un estamento militar que todo lo cifraba en la *Feschheit* o elegancia de sus uniformes y que ocultaba su cobardía en juegos de guerra, en maniobras militares y en su presencia social su inoperancia. Ya iniciada la guerra, hacía la clarividente propuesta siguiente que defendía como condición de una paz duradera un pacifismo universal: «Si el pensamiento pacifista no penetra completa y simultáneamente en todos los estados europeos, este pacifismo no será más que un peligro». Y señalaba la necesidad de combatir dos dogmas: el de la necesidad de la guerra y el del efecto purificador de la misma. [43]

Destacados pacifistas fueron también Bertrand Russell (1872-1970) en sus *Ideales políticos*, 1917, donde proponía la sinrazón del belicismo antes de acabar defendiendo, ya en tiempos más recientes, la desobediencia civil ante el servicio militar, o Bernard Shaw (1856-1950), miembro destacado del movimiento Fabiano, quien advertiría a través de artículos periodísticos —«A Triple Alliance against War»[44]; «The Peace of Europe and How to Attain it»[45]— de la inminencia de la guerra. En un amplio ensayo *Commom Sense about the War*[46], aparecido en noviembre del 14 en el periódico de la sociedad Fabiana (*The New Stateman*), el autor de

43 Schnitzler, A., *Y algún día volverá la paz*. Madrid, Cátedra, p. 288.
44 *The Daily Chronicle.* Londres, marzo, 1913.
45 *The Daily News. Londres,*1 enero 1914.
46 *The New Statesman,* Londres, 14 noviembre, 1914.

Pigmalión proponía en el análisis de las hostilidades una consideración de la guerra por encima de los prejuicios nacionalistas: «*Militarism must not be treated as a disease peculiar to Prussia. It is rampant in England and France*».

En este mismo bando habría que mencionar sobre todo a Romain Rolland (1866-1944). La expresión de su rechazo a la guerra —«bancarrota de la civilización»— fue tajante aunque *sottovoce*, pues lo proclamaba en su *diario*:

> Estoy anonadado. Quisiera estar muerto. Es horrible vivir en medio de esta humanidad demente, y asistir, impotente, a la bancarrota de la civilización. Esta guerra europea es la catástrofe más grande de la historia desde hace siglos, la ruina de nuestras más santas esperanzas en la fraternidad humana.[47]

Al poco de comenzar la guerra ya proponía *Au-dessus de la mêlée* una consideración objetiva de la situación bélica. En 1916, su amigo «por encima del conflicto», el austriaco Stefan Zweig (1891-1942), utilizaba el valor metafórico del material bíblico en su drama *Jeremías* para hacer, quizás a la inversa de lo que antaño hiciera la pareja Verdi/Solera en su *Nabucco*, un alegato en favor de la paz. Huelga decir que el drama solo pudo representarse en la neutral Suiza en 1917[48]: Ante la soflama belicista del zelota Baruch, a favor de la intervención en una guerra internacional —«Nuestra es la hora y nuestra la venganza [...] Vosotros habéis titubeado, nosotros queremos proceder; vosotros teníais la paz, nosotros queremos la guerra»— Sebulón/Zweig le reconvenía:

> ¿Qué sabes tú de la guerra, petulante? Nosotros, los padres, la hemos conocido. En los libros es grandiosa, pero en verdad ella estrangula y profana la vida.[49]

Parecía un dramático alegato contra las hazañas de la literatura épica, aunque era mucho más: una puesta en evidencia de la inmoralidad de la guerra. Y su homónimo, el también semita Arnold Zweig (1887-1968) en *La disputa por el sargento Grischa* se salía del patrón argumental de la novela de trincheras, escogiendo uno de los ambientes paralelos, el de los campos de prisioneros: un sargento ruso prisionero en Alemania se fuga del campo en el que está internado, pero acaba, tras numerosas peripecias y alternativas de humanidad/ inhumanidad y a pesar de haber adoptado una nueva personalidad, con sus huesos ante el pelotón de fusilamiento. No siendo estrictamente una novela de descripción de la guerra, sino del engranaje jurídico y social que la soporta, la obra tiene una gran carga antibelicista. Frente a otros relatos más corales (el de Remarque, por ejemplo), el de Zweig se centra en un destino individual sobre el que cae con toda su fuerza una nueva situación social: la contienda.

Totalmente contraria a la de su hermano Thomas fue la actitud de Heinrich Mann (1871-1942), quien en Suiza publicaría una revista pacifista, *Die Weissen Blätter*. Pero quizás el más beligerante antimilitarista de la época sea Karl Kraus

47 *Diario de los años de guerra*. Buenos Aires, 1954. I, p. 6.

48 Como muchos otros de sus colegas, fue declarado inútil para el servicio y destinado, como H. v. Hofmannsthal o F. Werfel, a servicios de gestión y propaganda.

49 S. Zweig, *Jeremías. Obras completas. Novelas*. Barcelona, Editorial Juventud, p. 1012.

(1874-1933) con su obra *Los últimos días de la humanidad*, drama donde, empleando técnicas literarias de cuño expresionista, disolvía la lógica bélica en el agresivo ácido de la ironía y el sarcasmo. Su principal diana era el megalómano emperador alemán. No le va a la zaga en su voluntad pacifista el revolucionario prosoviético francés Henry Barbusse (1873-1935), quien al poco de acabar la guerra recogería sus vivencias bélicas en *El fuego*, obra con la que consiguió el Goncourt. En un relato tenso, abigarrado de personajes, situaciones e incluso reflexiones, visitaba la más diversas facetas de la realidad bélica:

> Por el momento, es la sopa lo que se espera. Después, serán las cartas. Pero todo a su tiempo; cuando hayamos terminado con la sopa, pensaremos en las cartas. Entonces comenzaremos a esperar algo más. El hambre y la sed son instintos que actúan poderosamente sobre el espíritu de mis camaradas. Como la sopa se retrasa, comienzan a quejarse y a irritarse, La necesidad de comida y bebida les salía de la boca en gruñidos.[50]

Su compromiso político no le libró, como tampoco libró a otro bienintencionado, Miguel Hernández, de caer en el encanto que emanaba de uno de los mayores dictadores de la historia, Iósif Stalin, a quien dedicó *Staline. Un monde nouveau vu à travers d' un homme.*

Un producto literario semejante al de Barbusse es el de Paul Tuffrau (1887-1973) quien en sus *1914-1918. Quatre années sur le front. Carnets d' un combatant* hace una crónica a pie de trinchera, en primera fila, de los sucesos de la guerra. Incorporado a filas cuando apenas ha concluido la escuela normal, renunciará a un traslado al estado mayor francés para estar con sus hombres en la trinchera: la crueldad de las situaciones produce desgarros psíquicos difícilmente soportables. La despedida de un subordinado caído en combate se convierte en una pesadilla:

> Destapo su rostro que está absolutamente tranquilo, con los ojos cerrados, apenas una raya blanca y vidriosa entre los párpados del ojo izquierdo. Estampo un beso en las sienes y todo el día siento en los labios, como una quemazón, la sensación de esa frente helada.[51]

Chocante es el caso de los autores de la segunda generación bélica a quienes la edad les obliga al frente y que mantienen una dúplice actitud. Unos, pocos, se enrolan con un entusiasmo que se mantiene en términos generales hasta el final; a otros, la experiencia en vivo de la trinchera y el lazareto los volvió furibundos antibelicistas. Tales fueron, por ejemplo, los casos de Ernst Jünger (1895-1998), que había acudido ansioso a las trincheras del frente occidental, cuya experiencia después retrató en toda su violencia en *Tormentas de acero* o en su *Diario* bélico. Louis Ferdinand Céline (1894-1961) se incorporaría voluntario al frente y sería

50 *Pour le moment, c'est la soupe qu' on ttend. Apres, ce seront les lettres. Mais chaque chose en son temps lorsqu on en aura fini ave la soupe, on songera aux lettres. Ensuite, on se mettra à attendre autre chose. La faim et la soif sont des instincts intenses qui agissentpuissament sur l' esprit de mes compa. Comme la soupe tarde, ils commencent à se plaindre et a s' irriter. Le besoin de la nourriture et de boisson leur sort de la bouche en grognements.* Citado según H. Barbusse, *Le Feu* en https://books.google.es/books?id=yfmhBgAAQBAJ& printsec.

51 *Je découvre un peu le visage: il est absolument calme, les yeux clos, à peine une raie blanche et vitreuse entre les deux paupières de l' oeil gauche. Je l' embrasses sur le front, de la part des siens. Tout le jour, j' ai garde aux lèvres, comme une brûlure, la sensation de ce front glacé.* Citado según https://books.google.es/books?id=UY3DDQAAQBAJ&pg=PT49&lpg=PT49&dq.

condecorado por su heroísmo. Sin embargo, su *Viaje al fin de la noche*, título premonitorio si se piensa que apareció en 1933, era una terrible diatriba contra las miserias humanas, entre ellas la guerra. Carlo Salsa (1893-1962), enrolado y activo en el frente del Carso, donde caería herido y sería hecho prisionero por los austriacos, daría testimonio de los horrores en las trincheras italianas en su relato *Trincee. Confidenze di un fante.* La descripción física de las trincheras, convertida ya en un «topos» de la literatura de la guerra queda ya muy lejana de los idealizados campos de batalla homéricos:

> El fango amasa hombres y cosas. En el pasadizo poco profundo, los soldados deben andar agazapados en el fango para no servir de diana. No puedes moverte pues la fosa en la que estamos está abarrotada de cuerpos aplastados, de piernas retraídas, de fusiles, de cajas de municiones, de basura desparramada: todo está embutido en un barro tenaz de una viscosidad roja.[52]

Publicada la novela en 1924, en plena euforia fascista, pronto tuvo sus dificultades de recepción y hubo de aguardar mejores tiempos para que fuera más leída. Y un cierto paralelismo con la de Salsa manifiesta la obra del mestizo italo-austriaco Giani Stuparich (1891-1961) *La guerra del 15*.

Ernst Trakl (1887-1914), militar sanitario de carrera y poeta de vanguardia pidió la reincorporación al frente, pero muy pronto se rompería psíquicamente ante los primeros horrores de la guerra. Destinado en el frente ruso, ya en octubre del 14 tiene que atender a noventa heridos sin medicinas ni ayuda, lo que le hace quebrar e intentar el suicidio. En su poema *Grodek*, producto de las vivencias en el hospital de campaña en la batalla de la ciudad de este nombre, en Ucrania, daba expresión desgarradora a esos horrores. La guerra no era la antisepsia social que previamente se había supuesto.[53]

> Hacia la noche, los bosques otoñales resuenan
> con armas mortales.
> Sobre las doradas llanuras y los lagos azules
> gira más obscuro el sol.
> La noche envuelve el salvaje lamento
> de las rotas bocas de guerreros moribundos.
> [...] todas las calles desembocan en negra descomposición.

A Giuseppe Ungaretti (1888-1970), decidido intervencionista y combatiente en los frentes del Carso y en Francia, sus experiencias bélicas le sirven de reflexión poética sobre la caducidad de la vida en *El puerto sepultado*. En «Veglia» (de la colección *L'Allegria*) manifiesta las sensaciones que le provoca la compañía obligada del cadáver de un compañero en la trinchera. En este contexto de la contienda produce uno de los poemas más chocantes de la literatura italiana, compuesto solo de dos versos cada uno de ellos de una sola palabra: «Mattina». No

52 Salsa, Carlo, *Trincee. Confidenze di un fante*. http://www.educational.rai.it/Materiali/file moduli/50959_6355434984702187 27.pdf Milán, Sonzogno, 1930.

53 Trakl, George, *Das dichterische Werk*. Munich, DTV, 1972 p.94.

deja de chocar que tuviera capacidad para expresar en dos palabras un atisbo de esperanza: *M'illumino/d'inmenso.*

Por su parte, el arriba mencionado Joseph Roth (1894-1939) huye del frente ruso y en 1917 se alista por solidaridad y sufre cautividad en Siberia. Su narrativa antibélica se centra en la descripción de las consecuencias en retaguardia y en la posguerra. *La cripta de los capuchinos* es un ejemplo de ello. Una añoranza del mundo perdido, el que se llevó el conflicto y la rebelión, es más que manifiesta en el desenlace de la obra: la cripta donde yacen los soberanos del Imperio desaparecido es punto de fuga por donde Trotta huye de un presente insatisfactorio y de lo que se avecinaba[54]. Algo parecido hizo el judío austriaco Hugo Bettauer (1875-1924) en su *La ciudad sin judíos* donde describiría los efectos del paro, la depreciación e inflación en la posguerra y predecía los futuros desastres del antisemitismo al que daba pábulo la nueva situación socio-económica[55]. El checo austro-húngaro, más tarde checoslovaco, Jaroslav Hašek (1883-1923), combatiente en los dos bandos, por lo tanto desertor del primero, utilizó el registro humorístico en *El bravo soldado Sveijk* para poner de manifiesto la sinrazón del ente militar. Un ladrón de perros praguense sale indemne del conflicto gracias a una fingida necedad que va poniendo en solfa el Imperio y la guerra. Una picaresca de la guerra volvía por sus fueros desde el barroco.

La tercera generación bélica de escritores, la de los que empezaron a ejercer tras la finalización de la contienda, es decir, los autores a los que la guerra les pilla saliendo de la adolescencia, de entrada fueron muy críticos con sus responsables y, rechazando el vanguardismo imperante anteriormente, volvió a los principios del realismo literario como estilo más acorde con el imperativo moral. En el periodo de entreguerras digieren literariamente lo experimentado en los frentes con una gran radicalidad acusadora. En este grupo podrían clasificarse un Erich Maria Remarque (1898-1970) quizás el autor más señalado en este contexto de denuncia con su *Sin novedad en el frente*, que recoge las vivencias de la guerra desde la perspectiva del soldado de veinte años, que son los que tiene el autor al acabar las hostilidades. La filmación de esta obra por parte del judío europeo Lev Milstein, alias Lewis Milestone (en 1930, cuando ya se preparaban otras guerras), dio a la novela una dimensión que no habría adquirido por sí sola. Erich Kästner (1899-1970), autor de éxito con *Emilio y los detectives,* en sus recuerdos *Als ich ein kleiner Junge war* (Cuando todavía era un chaval) o en su obra lírica *Lärm im Spiegel* (Ruido en el espejo) denuncia el brutal entrenamiento al que en 1916, cuando tenía diecisiete años, fue sometido por parte del sargento Waurich para poder entrar cuanto antes en acción. Y algo semejante hace Ernst Hemingway (1899-1961) en su novela *Adiós a las armas* (1929), múltiplemente pasada a la pantalla, en la que recoge vivencias personales obtenidas como sanitario en el frente italiano del Piave, si bien los horrores de la guerra ceden en su relato ante el componente sentimental del argumento. «Si nadie atacara, se acabaría esta guerra», hace decir a un soldado italiano. Igualmente, John Dos Passos (1896-1970) embarcaría, tan pronto los Estados Unidos declararan las hostilidades a Alemania, hacia una Europa ya extenuada tras tres años de guerra. Aquí las vivencias del frente le sirvieron para velar

54 Joseph Roth se convirtió tras la Guerra en un destacado «legitimista», es decir, partidario del retorno de los Habsburgo a Austria.

55 Es evidente que el «asunto» de la novela no fue del agrado del nazismo emergente: el autor fue una de las primeras víctimas del terror pardo.

sus armas literarias en una interesante, también formalmente, novela cuyo título es ya indicativo de sus contenidos: *Iniciación de un hombre: 1917,* la guerra como maduración humana. Una destacada cuarta figura de esta tercera generación de escritores pacifistas es la del estadounidense Humphrey Cobb (1899-1944), quien antes de que los Estados Unidos entraran en guerra, huye a Canadá para enrolarse y poder participar en las hostilidades en suelo europeo. A él se debe la novela *Senderos de gloria* (1935), que obtuvo un reconocimiento póstumo a través de la filmación de Stanley Kubrik (1956).

Mención aparte merecen autores que, habiendo nacido poco antes del conflicto o con posterioridad al mismo y no pudiendo considerar la guerra desde la vivencia o el recuerdo, contribuyeron, desde la historiografía novelada o la novela histórica, a lo que después se ha llamado memoria histórica. *Agosto 1914* (1971) y las siguientes entregas correspondientes a la tetralogía *La rueda roja* de Aleksandr Solshenitzin (1918-2008) así como *Los cañones de Agosto* (1962) de Barbara Tuchman (1911-1989) son ejemplo de esta mirada retrospectiva desde la documentación y la crítica que trató de conservar en las conciencias de las generaciones posteriores los horrores de la guerra. Y huelga decir que los «diarios» íntimos y autobiografías de los autores (Nabokov, Schnitzler o Rolland, por ejemplo) están plagados de alusiones a la guerra que, sin embargo, no pudieron tener su efecto monitorio al ser publicados mucho más tarde. En honor a la exhaustividad hay que advertir, alusivamente al menos, que en la fase final del conflicto, tras la capitulación de la Rusia prerrevolucionaria ante los Imperios Centrales, surge en la incipiente Unión Soviética una literatura que debe considerarse bajo el signo de la guerra, cuando no abiertamente belicista. El enfrentamiento de partidos y cosmovisiones al que dio lugar la dictadura comunista y la consiguiente guerra civil fue tema y argumento constantes de los escritores a los que les cogió la revolución en sus engranajes. *Los cuentos del Don,* escritos en 1925 por un jovencísimo Mikhail Sholojov (1905-1984) son muestra de ello, si bien el ambiente revolucionario en la calle de la gran ciudad (San Petersburgo) fue registrado magistralmente por John Reed (1887-1920), periodista norteamericano, quien reflejó, con la inicial y desmesurada simpatía que despertó la revolución en una intelectualidad aquejada de superficialidad, las miserias y esplendores —más aquellas que estos— que produjeron los días de octubre de 1917: *Diez días que conmovieron al mundo*. La influencia del frente en los sucesos de retaguardia era evidente:

> El invierno, el terrible invierno ruso, se aproximaba. Yo había oído decir a los hombres de negocios: «El invierno ha sido siempre el mejor amigo de Rusia. Acaso sea él quien nos libre de la revolución». En el frente, helado, los miserables ejércitos seguían padeciendo hambre y muriendo sin entusiasmo. El material rodante se deterioraba, disminuían los víveres, cerraban las fábricas. Las masas, desesperadas, proclamaban que la burguesía estaba a punto de sabotear la causa del pueblo, provocando la derrota en el frente. Riga había sido abandonada después de que Kornilov[56] hubo declarado públicamente: «¿Deberemos sacrificar Riga para que el país retorne el sentido del deber?».[57]

56 Comandante en jefe del ejército ruso en 1917.

57 John Reed, diez días que conmovieron el mundo, p. 25. Citado según http://www.cronicon.net/paginas/Documentos/paq2/No.22.pdf

Esta crónica de la revolución sería bendecida por el dictador comunista, quien la hizo preceder de un prefacio propio y que la quiso convertir en texto oficial de la Unión. A su autor la vida no le dio la oportunidad de corregir su entusiasta visión y de comprobar la auténtica dimensión de la revolución una vez cuajada.

Finalmente, justo es recordar que plumas de nacionales de países no beligerantes contribuyeron a hacer crónica, distanciada o empática, del conflicto bélico para unos lectores solo emocionalmente implicados. Valga un botón de muestra: Agustí Calvet, (1887-1964), alias Gaziel, por ejemplo, sirvió periódica y periodísticamente al lector español sus crónicas desde los frentes, aunque no solo, crónicas que más tarde dieron lugar a una interesante obra sobre la guerra que recientemente, en 2009, merecieron una reedición: *En las trincheras.*

1.5. Conclusión

La guerra europea fue un terrible episodio histórico que como ningún otro determinó durante años el ejercicio de la literatura, no solo europea. Antes, durante y después de la guerra, esta determinó todos los comportamientos, no solo literarios, de los autores a los que la contienda les envolvió en la vorágine de acontecimientos en cancillerías, bulevares, poblaciones rurales o trincheras. Es obvio que tuvieron difícil escapar a la implicación personal que la guerra les presentaba. Incluso los que consiguieron escapar a su influencia lo hicieron como resultado de una reacción antibélica.

Fueron muchos los autores, las obras y los aspectos y circunstancias que se podrían considerar en el tema Primera Guerra Mundial y literatura, pero lo arriba sucintamente indicado es suficiente para dar una idea de las dimensiones y contornos del mismo.

Una clasificación historiográfica de la literatura que se produce y genera en torno a la guerra debería dividirla en múltiples epígrafes: belicista (D'Annunzio y Marinetti) y pacifista (Schnitzler, Romain Rolland); del frente (Trakl) y de retaguardia (Rilke, Werfel), prebélica (Suttner) y posbélica (Erich Maria Remarque), de autores activistas (Peguy) o de autores ausentados (Valery, Larbaud), etc. Cada uno de ellos trató la guerra, si la trató, desde sus propios planteamientos literarios, aunque cabe decir que el expresionismo y más tarde la neo-objetividad fueron modalidades de expresión más apropiadas para el tratamiento del tema con nuevos contornos. Con referencia a la función de esa escritura cabe distinguir una triple focalización: unos escribieron para prevenirla (Bernard Shaw), otros para informarla (Ernst Jünger) y otros para denunciarla (Remarque). Muchas obras pasaron desapercibidas y algunas de ellas obtuvieron un gran reconocimiento inmediato a través del Nobel o de la pantalla y otras cayeron en un olvido, no menos inmediato, quizás injustamente (Cobb).

Estos datos con los que hemos pretendido más informar (quizás recordar) que describir, son suficientes para motivar una reflexión en torno a la Guerra y su expresión literaria. La historia sigue siendo «maestra de la vida». Y gran parte de la historia ha tenido una aquilatada expresión en la literatura, convertida en privilegiada historiografía. Desde este punto de vista social, la literatura en torno a

la Gran Guerra debería potenciarse, es decir, leerse y difundirse como preventivo de lo que siempre puede acaecer de nuevo.

Cierto es que esa literatura no sirvió de aldabonazo en las conciencias de aquella sociedad, desde el punto de vista estratégico, ya globalizada. Con frecuencia y en un intento de sacralizar el ejercicio literario se ha considerado a los escritores como la «conciencia de la sociedad». Pues bien, el análisis de los perfiles personales y literarios de los escritores de la época bélica nos conduce o bien a poner en cuestión semejante afirmación o bien a concluir que esa conciencia estaba deformada. Personalmente preferiríamos concluir que, más que conciencia de la sociedad, los escritores han sido y son testimonio de la misma. En todo caso y con referencia a la guerra es perentorio afirmar que no todos, ni mucho menos, tuvieron la conciencia antibelicista que se les habría exigido. Pero, ¿fue culpa de los escritores o de los (no)lectores? Cada sociedad tiene los escritores que se merece.

Hoy en día, cuando *i tamburi rullano,* aunque *sotto voce*, y provocan pequeñas crisis de mercado que, esperemos, nunca sobrepasen los límites de la mera amenaza, conviene que la sociedad acuda a esos archivos de la memoria que son las obras literarias y de arte para leer en ellos el manual de uso de unas crisis que en cualquier momento se pueden agudizar y envolvernos en su vorágine. *Historia monet* (la historia avisa) y la literatura es parte privilegiada de la historia. Habría que leerla, escucharla. Una sociedad no lectora está condenada a la superficialidad. Quizás por eso nuestra sociedad parece preferir granhermanos, masterchefs, operacionestriunfo y, en el mejor de los casos, harrypotters. Esperemos que algún día no la despierte del sueño, culpable, de una supuesta inocencia, como sucedió en 1914, las explosiones atronadoras de los «cañones de Agosto». Karl Kraus previno a su generación de lo que podía pasar: «Olvidarán lo sucedido ayer, no verán lo que sucede en el presente y no temerán lo que suceda mañana». Los que olviden, no vean o no teman, lo harán teniendo en contra gran parte de los testimonios literarios del siglo XX, uno de cuyos datos fenomenológicos básicos es la temática (anti)bélica. Parte de esa literatura hizo que el europeo considerara la guerra no desde la perspectiva de supremas razones hegelianas (de estado, de clase, de partido) cabalgando sobre montones de cadáveres, sino, a la inversa, desde la concreción del sufrimiento y la muerte que esas razones provocaban. En todo caso, esa literatura no se podrá explicar sin poner en su núcleo argumental la Gran Guerra. Y a la inversa: no se puede explicar y concienciar ese gran desastre que sufrió el mundo hace un siglo sin la literatura que provocó o favoreció.